

Plutarco

Vidas paralelas

Alejandro Magno-César

Traducción, introducción y notas
de Antonio Guzmán Guerra



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Primera edición: 2003
Segunda edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Antonio Guzmán Guerra, 2003
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2003, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-283-9
Depósito legal: M. 36.512-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción
- 27 Bibliografía
- 29 Alejandro MAGNO-CÉSAR
- 31 Alejandro Magno
- 153 César

César

I. Cuando el general Sila se hizo con el control absoluto de la situación¹ no consiguió, ni mediante promesas ni mediante amenazas, que Julio César repudiara a Cornelia, la hija de Cinna, y por ello mandó que le confiscaran su dote. La enemistad entre Sila y César se remontaba a que este último era pariente de Mario, ya que Mario el Viejo estaba casado con Julia, hermana del padre de César, y de ambos nació Mario el Joven, que por tanto era primo de César. Aunque al principio César no atrajo 2 la atención de Sila, porque éste andaba ocupado con múltiples procesos de proscripciones, más tarde compareció ante el pueblo como candidato al sacerdocio, a pesar de que por entonces no era más que un jovenzuelo. Sila presentó en secreto su propia candidatura contra

1. Sila, dictador durante los años 82 al 79 a.C. Por su parte Cornelia fue mujer de César hasta que ella murió, en el año 69 a.C.

César, y maniobró para conseguir que éste no obtuviera dicho cargo, y al propio tiempo maquinaba la manera de acabar físicamente con él. Algunos de sus partidarios le advertían de que no había razones para asesinar a un muchacho tan joven, a lo que Sila replicaba que eran unos necios si no se daban cuenta de que en dicho joven
 3 había muchos Marios. Cuando todo esto llegó a oídos de César, buscó refugio entre los sabinos, con quienes convivió durante un cierto tiempo. Mas una noche en que se mudaba a otra residencia a causa de una enfermedad se topó con algunos soldados de Sila que andaban registrando aquellos parajes y deteniendo a los refugiados. César sobornó con dos talentos al jefe de las tropas, un tal Cornelio, para que lo dejara en libertad, y acto seguido se hizo a la mar en dirección a la corte del rey Nicomedes de Bitinia. Permaneció en la corte muy poco tiempo, al cabo del cual fue capturado durante su viaje de vuelta junto a la isla de Farmacusa por unos piratas, dueños del mar merced a los numerosos barcos de su potente flota.

II. Para empezar: cuando los piratas le pidieron veinte talentos por su rescate, César se echó a reír por no saber ellos a quién tenían como prisionero, y de su propia iniciativa les prometió darles cincuenta talentos. Algo después, tras haber enviado a algunos de sus servidores a diversas ciudades para reunir el dinero y haberse quedado prácticamente solo con estos criminales piratas cilicios, acompañado de uno de sus amigos y de dos sirvientes personales, mostraba tal desprecio por sus captores que cuando por la noche se iba a dormir les mandaba callar y guardar

silencio. Durante treinta y ocho días, y como si sus guar- 2
dianes fueran su propia escolta personal, participó con
ellos en juegos y entrenamientos deportivos con la mayor
naturalidad. También se dedicó a escribir poemas y dis-
cursos, que leía en voz alta a sus vigilantes; llamaba desca-
radamente bárbaros y brutos a quienes no los entendían y
entre bromas los amenazaba con colgarlos un día a todos.
Ante este comportamiento, los piratas se mostraban en- 3
cantados y achacaban su franqueza de expresión a una
cierta ingenuidad y sentido de la jovialidad. Mas cuando
llegó el importe del rescate desde Mileto, pagó y quedó en
libertad; de inmediato reclutó unos barcos de guerra en el
propio puerto de Mileto y se hizo con ellos a la mar en
busca de sus captores. Los sorprendió cuando aún leva-
ban ancla junto a la isla y capturó a la mayoría. Transfor-
mó el dinero de su rescate en su propio botín y encerró en
la prisión de Pérgamo a los piratas; acto seguido se pre-
sentó personalmente ante Junio, gobernador de la provin-
cia de Asia, en tanto que era a éste a quien le correspondía
castigar a los malhechores. Mas como el pretor se intere- 4
sase por el dinero de los piratas, que por cierto no era
poco, y dijera que se ocuparía del destino de los prisione-
ros a su antojo, César se desentendió a su vez de Junio y
regresó a Pérgamo; sacó a los prisioneros de la cárcel y los
crucificó a todos, tal y como había prometido en la isla
que haría, aunque ellos hubieran pensado que lo decía de
broma.

III. Por entonces el poder de Sila había aminorado, y
los partidarios de César le invitaban a que regresara a
Roma; mas César puso rumbo a Rodas para asistir a las

enseñanzas de un tal Apolonio, hijo de Molón, un afamado rétor de reconocida reputación que había sido antes maestro de Cicerón. Se dice que César tenía una extraordinaria facilidad natural para la oratoria política y que la ejercitó con el mayor empeño, hasta llegar a alcanzar un segundo puesto indisputable; también se dice que no aspiró al primer puesto porque andaba empeñado en ser el primero en la política y en la milicia; y si no culminó su brillantez en oratoria, para la que estaba naturalmente tan bien dotado, fue a causa de su interés por las campañas militares y su actividad política, que fueron los ámbitos en los que logró una absoluta supremacía. Y tan así fue, que algún tiempo después, cuando hizo la réplica al *Catón* del orador Cicerón rechazó la comparación entre el lenguaje y la manera de hablar de un soldado y la elocuencia de un orador, ya que este último ha sido dotado por la naturaleza con dicho don, además de que ha dispuesto del mayor tiempo libre para dedicarse a estos estudios.

IV. Al regresar a Roma citó a juicio a Dolabela, a quien acusaba de haber malversado fondos públicos durante su mandato, y muchas ciudades griegas testificaron a favor de su acusación. Mas Dolabela resultó absuelto en el juicio, aunque César, que quería compensar los desvelos de los griegos hacia él, intervino como abogado en el proceso que los griegos habían incoado contra Publio Antonio por soborno ante Marco Lúculo, a la sazón pretor de Macedonia. Desempeñó con tanto celo su función, que Publio Antonio tuvo que apelar ante los tribunales de la plebe, alegando que no disponía en Grecia de

garantías frente a las acusaciones de los griegos. Mientras tanto César había logrado ya en Roma una notable popularidad como abogado gracias a su elocuencia, y despertaba una extraordinaria simpatía entre las clases populares merced a su manera de ser campechana y su trato sencillo, y porque sabía tratar a la gente con una habilidad impropia de su juventud. Se iba granjeando además cierta influencia política gracias a su hospitalidad, a las comidas y banquetes que organizaba y en general por su espectacular régimen de vida. Al principio sus adversarios pensaban que su influencia se desvanecería tan pronto como cesara su dadivosidad, así que no se inquietaban ante su éxito con la gente del pueblo. Pero más adelante, al comprobar sus adversarios que su poderío se había hecho enorme y difícil de desbancar, y que apuntaba a llevar a cabo una completa revolución del estado, se percataron de que no debemos considerar pequeño el comienzo de nada, ya que poco a poco empieza a hacerse grande, sobre todo si por despreciarlo no se le va poniendo límites. En cualquier caso, la primera persona que empezó a recelar de él y a sentir miedo ante el frívolo cariz de su política, como quien teme la sonriente faz del mar, y que captó a la perfección la sagacidad del carácter de César, disimulada bajo la amabilidad y su gesto risueño, fue sin duda Cicerón, quien dijo que veía en todos los planes y proyectos de César una intencionalidad monárquica. «Pero, por otra parte –decía–, cuando veo su pelo tan acicalado y miro cómo se rasca la cabeza con un solo dedo, no puedo ni imaginar que esta persona pueda concebir en su mente una acción tan criminal como la de subvertir la constitución de la ciudad de